

## HOMENAJE A GUIDO DELRAN COUSY, O.P.

*El 11 de febrero falleció en Santiago de Chile Guido Delran (1937-2000), fundador y director por dos décadas del Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de Las Casas». Gran promotor de los estudios andinos en una amplia variedad de disciplinas, Guido fue también un pilar decisivo en la concepción de Revista Andina y participó de su Comité de Redacción hasta su muerte. En esta ocasión queremos rendirle homenaje con el texto de la homilía que Bernardo Fulcrand, O.P., preparara para la misa en su honor celebrada en la Iglesia Santo Domingo de Cusco a una semana de su fallecimiento.*

### Homilía

Bernardo Fulcrand, O.P.

*“Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo:  
Su tiempo el nacer y su tiempo el morir” (Ec. 3, 1-2).*

#### Renacimientos

A Guido, que nos reúne esta noche, le llegó su tiempo del morir. El viernes pasado, 11 de febrero, un infarto le quitó la vida. Pero tuvo también sus momentos para el nacer, porque Guido nació varias veces:

Nació en Albi (Francia) el 4 de setiembre de 1937. Nace entonces a una vida enraizada en una biología concreta y generosa pero que terminó siendo desfalleciente; vida prestada, marcada por una historia determinada, la de una familia, una cultura, hecha de encuentros y tejida de relaciones. Preso, como todos nosotros, en el dédalo de nuestras contradicciones que evoca el texto del Eclesiastés que acabamos de escuchar y donde uno puede perderse; sin otro hilo de Ariana que el saberse hijo del Padre.

Nace por segunda vez cuando el 4 de octubre de 1958 pide la misericordia de Dios y la de sus hermanos en la Orden que lo acoge definitivamente para vivir el seguimiento de Cristo a la manera de Santo Domingo.

Nace nuevamente a la vida cuando deja su patria y encuentra en tierra americana, muy precisamente en Medellín, a personalidades eclesiales como Don Helder Camara, Gustavo Gutiérrez, Monseñor Dammert y otros..., reunidos en la famosa Asamblea y actores del dinamismo del Concilio para América Latina. El mismo calificará aquellos encuentros de “primera iniciación a las problemáticas, a las búsquedas y a los conflictos vividos en las Iglesias latinoamericanas”.

El Perú del post-concilio y de los cambios estructurales que se dieron en la sociedad peruana a raíz del golpe militar de aquel 3 de octubre de 1968, apenas llegado a la tierra de la que hará su patria, lo hace nacer realmente por cuarta vez. El Padre Gobert, prior provincial de los dominicos en el Perú por aquellos años, le propone a él y a Juan Hugues que acababa de llegar de Francia, asociarles a la voluntad que tenía de impulsar un *aggiornamento* en la línea de Medellín. Su lugar de elección para iniciar el trabajo fue el Cusco.

Nació también, esta vez desterrado por razones de salud, lejos de la tierra que tanto amó y le dio vida tantas veces, en Chile donde -porque no podía con su genio y su vocación- creó el Instituto Pedro de Córdoba, centro de estudios superiores de la Orden dominicana para América Latina cuya misión y finalidad es la enseñanza teológica en diálogo con las Ciencias Sociales y Antropológicas; continuación de lo que fue el curso “Iglesia y Realidades Latinoamericanas” desarrollado años anteriores en el Colegio Andino en el Cusco, un espacio abierto para la confrontación de ideas, en actitud dialogante, donde el estudio interdisciplinar procura articular las ciencias sociales con la preocupación teológica, buscando comprender la realidad latinoamericana y el compromiso de mujeres y hombres al interior de esta realidad. La muerte lo sorprendió cuando estaba trabajando en la creación del Espacio Recoleta, para valorizar el acervo cultural que representa la biblioteca histórica que la Orden dominicana conserva en el Convento de la Recoleta en Santiago de Chile.

### **Guido y su obra**

En el corazón de los Andes, aquí mismo en el Cusco y en toda la región sur, cuando asume en 1971, a pedido de Monseñor Ricardo Durán, la dirección del Instituto Regional de Catequesis y Evangelización Andina (IRCEA), descubre, fascinado, la vitalidad del pueblo andino, su cultura, su historia trágica de la que nos dejó una versión escrita, redactada precisamente “desde el reverso de la historia” como resultado de un trabajo anónimo y colectivo con los campesinos y para su uso. Durante siete años acompañará, junto con otros, a los campesinos quechuas y aymaras, en el contexto de la Reforma Agraria y cambios sociales que se dieron entonces, y trabajar, también con otros agentes pastorales, en circunstancias vitales de una Iglesia surandina empeñada en “poner de pie al *runa*”, según la expresión de Lucho Dalle, el Pastor de la dignidad del hombre andino. La creación de la Casa Campesina “Domingo Cabrera Lartaún” no será sino la continuación de este compromiso asumido en aquellos años y nunca abandonado.

Otro compromiso que marcó de manera profunda a Guido en su nacer a la vida peruana y andina fue el que lo vinculó a la UNEC, el movimiento nacional de los estudiantes católicos. De este compromiso nacieron amistades sólidas que duraron hasta hoy y de las que muchos de los aquí presentes

esta noche son la prueba tangible. Muchos recuerdan los Círculos Bíblicos fundados por el Padre Mario Gálvez en los que participaba Guido aportando temas de reflexión vital con su conocida exigencia y «declarada enemistad con los tibios». La UNEC le permitió a Guido vincularse a nivel nacional con otros estudiantes y otros consejeros del movimiento y participar en los debates que se daban en el contexto de los profundos cambios sociales. Fue para él oportunidad de encuentros varios y muy rápidamente se dio cuenta de que tanto las parroquias como los equipos pastorales, los movimientos de acción católica o las ONGs, creadas a menudo por cristianos, eran instituciones muy voluntaristas, raras veces insertas sobre la base de un conocimiento suficiente del medio y de la historia de un país donde, efectivamente, las estructuras sociales heredadas siguen pesando fuerte sobre la cultura y la sociedad. Buscó crear un espacio de reflexión sobre el trabajo de transformación que se quería realizar, para acompañar el trabajo social, político y eclesial hecho hasta aquel momento y también formar profesionales calificados para actuar desde las regiones y constituirse como interlocutores válidos, capaces de fortalecer la institucionalidad. Así es como nace el Centro Bartolomé de Las Casas en 1974.

Guido formulará los objetivos de esta nueva institución de la manera siguiente: «El Centro Las Casas es una institución dedicada a la investigación científica, que busca transformar su producción intelectual en servicios directos al campesinado andino y en propuestas de alternativas de desarrollo. Sus esfuerzos se dirigen, también, a aportar al debate nacional sobre la problemática agraria y la cuestión de las regiones en el Perú desde su compromiso con la realidad del surandino. Es propósito del Centro Las Casas confrontar la investigación científica con la experiencia de las organizaciones populares, la problemática histórico-productiva y la preocupación ecológica, vinculando esos procesos con los de las expresiones culturales andinas».

### **Guido, el hombre de carne y hueso**

Ahora quisiera recordar al hombre de carne y hueso que fue Guido tal como lo hemos conocido a través de tres rasgos que, creo, lo caracterizaron: le gustaba la vida, voluptuosa y sensualmente vivida; le apasionaba el debate, torneo de la razón; era sensible a los problemas de la gente, con preferencia a los más pobres y desamparados, ése era su talante evangélico.

Le gustaba la vida...

Tal vez sorprenda este rasgo de su personalidad poco conforme a la imagen que tradicionalmente se suele tener de un “buen religioso”, como si amar la vida le fuera prohibido a un “santo varón”. Para exorcisar este lugar común de la hagiografía citaré sólo el testimonio de nuestro padre y hermano San Francisco de Asís:

“Un día Francisco le dijo al Señor entre lágrimas:  
Yo amo al sol y a las estrellas,

Amo a Clara y a sus hermanas,  
Amo los corazones de los hombres  
Y todas las cosas bellas.

Señor, perdóname  
Porque sólo debería amarte a Ti.  
El Señor, sonriente, respondió:  
Yo amo al sol y a las estrellas,  
Amo a Clara y a sus hermanas,

Amo los corazones de los hombres  
Y todas las cosas bellas.  
Mi querido Francisco,  
No tienes por qué llorar  
Pues todo eso lo amo yo también”.

Guido amaba la vida y todo cuanto el mundo nos ofrece de bello y agradable. Sabía apreciar la pintura, la música, la literatura, las flores y gozaba con ellas; necesitaba del arte como necesitamos del oxígeno y sabía escoger con un gusto seguro aquello que podía embellecer los espacios donde tenía que vivir. Supo disfrutar de la amistad generosamente compartida. También le gustaba sentarse en torno a una buena mesa, rodeado de amigos con quienes conversar era un placer, el verdadero simposio.

### **Le apasionaba el debate...**

Por temperamento le apasionaba el debate, las ideas -y creo que amanecía con una nueva todos los días-, no para realizarlas todas -ése no era su carisma-, (aunque tres grandes suyas dieron origen al CBC, al Pedro de Córdoba y al Espacio Recoleta), sino para nutrir la conversación y enriquecerla, abrir pistas hacia nuevos horizontes. La sólida formación intelectual recibida en la Orden y la intuición de la que estaba dotado le ayudaban a estructurar y poner coto a estos desbordamientos de ideas. En realidad, el rigor del intelectual puro le conviene menos que la libertad y creatividad del cronista o del periodista en las que sobresalía tal como podemos verlo en los editoriales que redactó para la Revista SUR; acertaba la frase justa, la fórmula brillante que resumían el sentir y el objeto que impulsaba. Con razón el Colegio de Periodistas del Cusco lo consideró como uno de los suyos. Sabía tener una mirada socarrona de la realidad y de las gentes que plasmaba a veces en caricaturas efímeras. Odiaba los dogmatismos y el fanatismo; tenía alergia a las consignas y no le gustaba lo que llamaba el “basismo” o sea esta actitud que consiste en pensar que el sentir de las “bases”, como se decía, fuese la verdad sin más; ciertamente había que escuchar a las bases pero no siempre tenían la razón y era un servicio que prestarles hacérselo saber.

### **Su talante evangélico**

Tal vez sea éste el aspecto menos conocido de Guido, precisamente porque pensaba que el Evangelio ha de ser vivido en el mundo como un fermento en la masa a la manera discreta del actuar de Dios y también porque su manera de ser y de comportarse se acomodaba mal en la forma eclesíástica. Para muchos era el Doctor Delran -con terno y corbata- y pocos eran los que le llamaban «Padre». Se cumplía así el precepto de Mt. 23: «No llamen a nadie ‘Padre’ en la tierra porque uno solo es su Padre: el del cielo». El mismo se definía como «agnóstico-creyente», fórmula contradictoria en los términos pero que expresaba bien su cristianismo «agónico». La fe no fue nunca para

él cosa sencilla y fácil; fue una lucha. Buscaba ubicar su ser creyente «en las fronteras» como le gustaba repetir, ahí en los límites y extremos donde se juega la vida, la suya y la de los hermanos. Quiso ser voz de los sin-voz desde la tribuna que fueron sus editoriales de la Revista *SUR*. Integró el Comité de Derechos Humanos del Cusco como miembro directivo para estar al servicio de los más necesitados, víctimas de la injusticia. Monseñor Luis Vallejos Santoni, Pastor querido de la Iglesia en el Cusco, encontró en Guido a un amigo con quien le gustaba conversar y que consultaba sobre temas de actualidad nacional y regional. En una entrevista concedida a la revista *Oiga* del 7 de octubre de 1977, Guido declaraba: «El mensaje de Cristo y el ejemplo de Bartolomé de Las Casas presiden nuestros esfuerzos para restaurar la libertad y la justicia que perdieron los quechuas, a expensas de un proceso ‘civilizador’ que devino en barbarie». Fiel al Evangelio y a la tradición de la Orden a la que pertenece era preocupado por la construcción de un mundo más fraterno, una nación “de todas las sangres” donde sea posible vivir sin renunciar a la identidad que se tiene como herencia y proyecto de hermanos.

### Despedida a Guido

Fue la última vez que nos vimos y recuerdo, como de ayer mismo, la bahía de Valparaíso contemplada desde la casa-museo de Pablo Neruda a la que me había llevado Guido, el peregrino, como para hacerme sentir, desde este promontorio y santuario marino, la veneración y el respeto que tenía por el gran poeta del Canto General, tantas veces escuchado en la versión orquestada de Mikis Theodorakis, cuando vivíamos en el Seminario San Antonio Abad del Cusco y que nos recordaba a ambos, solidarios y fieles a este mismo Perú que nos ha hecho, el segundo poema del Canto General, intitulado «Alturas de Macchu Picchu», casi un salmo, invitación a nacer al hermano americano.

«Sube a nacer conmigo, hermano.  
Dame la mano desde la profunda  
Zona de tu dolor diseminado.  
No volverás del fondo de las rocas.  
No volverás del tiempo subterráneo...

No volverá tu voz endurecida.  
No volverán tus ojos taladrados.  
Mírame desde el fondo de la tierra,  
Labrador, tejedor, pastor callado:  
Domador de guanacos tutelares:  
Albañil del andamio desafiado:  
Aguador de las lágrimas andinas:

Joyero de los dedos machacados:  
Agricultor temblando en la semilla:  
alfarero en tu greda derramado:  
Traed a la copa de esta nueva vida  
Vuestros viejos dolores enterrados.  
Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,  
Decidme: aquí fui castigado,  
Porque la joya no brilló o la tierra  
No entregó a tiempo la piedra o el grano:  
Señaladme la piedra en que caísteis  
Y la madera en que os crucificaron,  
Encendedme los viejos pedernales,  
Las viejas lámparas, los látigos pegados

A través de los siglos en las llagas  
Y las hachas de brillo ensangrentado.  
Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.  
A través de la tierra juntad todos  
Los silenciosos labios derramados

...Y desde el fondo habládme toda esta larga  
noche  
Como si yo estuviera con vosotros anclado, ...

Contadme todo, cadena a cadena,  
Eslabón a eslabón, y paso a paso,  
Afilad los cuchillos que guardasteis,

Ponedlos en mi pecho y en mi mano,  
Como un río de rayos amarillos,  
Como un río de tigres enterrados,

...Y dejadme llorar, horas, días, años,  
edades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.  
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.  
Apegadme los cuerpos como imanes.  
Acudid a mis venas y a mi boca.  
Hablad por mis palabras y mi sangre.»

*«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo;  
pero si muere, da mucho fruto». (Jn. 12, 24)*

El 11 de febrero pasado, «habiendo llegado su hora», semilla caída en tierra americana, Guido ha renacido, nuevamente a la vida, pero esta vez definitivamente en Dios. Y de esto queremos dar gracias hoy, recordándolo y pidiendo al Señor que lo colme de esta vida abundante, plena y eterna que buscó vehementemente vivir. Dios lo tenga en su gloria. Descansa en paz, hermano Guido.

Cusco, 18 de febrero del 2000